

La mujer de Pablo

El restaurant Grillón, que venia á ser algo así como el falansterio de los aficionados al sport náutico, se vaciaba lentamente. Ante la puerta se oían gritos y llamadas y robustos mozos con camisetas blancas charlaban y gesticulaban con los remos al hombro.

Las mujeres, con vestidos claros de primavera, se embarcaban con precaución en los yoles y sentándose al timón se arremangaban las faldas para no mancharlas, en tanto que el dueño del establecimiento, un mocetón de barba roja, célebre por su vigor, daba la mano á las lindas muchachas y mantenía en posición normal los débiles esquifes.

Los remeros ocupaban á su vez sus sitios, con los brazos desnudos y sacado el pecho, procurando aparecer fornidos á los ojos de los espectadores, que eran en su mayoría burgueses endomingados, obre-

ros y soldados que, de codos en la barandilla del puente, miraban con gran atención aquellos preparativos.

Los botes se alejaban sucesivamente del embarcadero. Los remeros se inclinaban hacia adelante y se echaban luego atrás con movimiento rítmico, y al impulso de los largos remos que se doblaban, los yoles se deslizaban rápidos por el río, se alejaban, se empequeñecían, desaparecían al fin bajo el otro puente, el del ferrocarril, bajando hacia la *Grenouillère*.

Una sola pareja quedaba. El joven, casi imberbe aun, flaco, pálido, abrazaba por la cintura á su querida, una morenita flacucha que parecía un saltamontes; y á veces se miraban al fondo de los ojos.

El hostelero gritó:

—Ea, don Pablo, despache usted.

Y se acercaron.

De todos los parroquianos de la casa Pablo era el más querido y respetado. Pagaba sin regatear, y con puntualidad, mientras que á los otros había que apremiarles y algunas veces desaparecían sin saldar sus cuentas. Resultaba además un reclamo viviente para el restaurant porque su padre era senador. Cuando un forastero preguntaba: “¿Quién es este chiquillo tan enamorado de su moza?”, un parroquiano cualquiera contestaba á media voz y dán-

dose importancia: “Es Pablo Barón, el hijo del senador.”—Y el preguntón no podía por menos de contestar invariablemente: “¡Pobre chico! Está amarrelado del todo.”

La tía Grillón, una buena mujer que entendía su oficio, llamaba al joven y á su compañera: “sus dos tórtolos.”, y parecía enternecida al contemplar aquel amor que resultaba ventajoso para su establecimiento.

La pareja avanzaba á pasitos cortos; el yole *Magdalena* estaba ya preparado; pero en el momento de saltar dentro los dos jóvenes se besaron, lo cual hizo reír á los espectadores del puente. Pablo, empuñando los remos, se dirigió también á la *Grenouillère*.

Al llegar eran cerca de las tres y apenas se cabía en el gran café.

La inmensa almadía, cubierta por un toldo de lona embreada sostenido por columnas de madera, se une á la preciosa isla de Croissy por dos puentes, uno de los cuales penetra hasta el centro de aquel establecimiento acuático y el otro comunica su extremo con un islote llamado “Tiesto de flores.”, y desde allí va á tierra junto al despacho de los baños.

Pablo amarró su bote al establecimiento, escaló la balaustrada del café y luego, cogiendo las manos de su querida, la subió, sentándose ambos en el extremo de una mesa, uno frente á otro.

Al otro lado del río, en el camino de los sirgadores, había larga fila de carruajes. Los alquilonos alternaban con los carruajes de propiedad: unos, pesados, de caja descomunal que aplastaba los resortes, tirados por un rocín cabizbajo y lleno de mataduras; otros esbeltos, gallardos, de delgadas ruedas, con caballos de piernas finas y tendidas, de engallada cabeza, con los frenos cubiertos de espuma, ostentando en el pescante á los cocheros empaquetados en sus libreas, aprisionadas en los altos cuellos, erGUIDOS y con la fusta sobre las rodillas.

La orilla estaba cubierta de paseantes que acudían por grupos ó por familias, ó por parejas ó solos. Arrancaban briznas de hierba, bajaban hasta la orilla del agua, volvían á subir al camino y todos, al llegar al mismo punto, se detenían esperando la barca. Esta, pesada y grande, iba y venía sin descanso, llevando viajeros á la isla.

El brazo del río (que llaman brazo muerto) en que descansa aquel pontón convertido en café, parecía dormir por lo manso de la corriente. Flotillas de yoles, de esquifes, de perissoires, de gigs, de embarcaciones de toda especie y forma corrían por la superficie inmóvil, se cruzaban, se mezclaban, se abordaban, se detenían por un esfuerzo de los remeros para correr de nuevo por una brusca tensión de los

músculos, y deslizarse con rapidez á guisa de largos peces amarillos ó colorados.

Otras y otras llegaban de continuo: unas de Chatou, por la parte de arriba, otras de Bougival por la de abajo; y se oían sin cesar risas y gritos y llamamientos. Los remeros exponían al sol la carne tostada y como estriada de sus biceps; y parecidas á flores raras, á flores que nadaran, las sombrillas de seda encarnada, verde ó azul de las muchachas que empuñaban el timón, fulguraban en la popa de las canoas.

El sol de julio brillaba en el centro del cielo; el aire parecía henchido de una alegría bulliciosa; ni un soplo de brisa movía las hojas de los sauces y álamos.

A lo lejos, enfrente, el Mont-Valerien ostentaba á la cruda luz del sol sus fortificaciones escalonadas, en tanto que á la derecha la preciosa colina de Louveciennes, siguiendo el curso del río se redondeaba formando semicírculo, mostrando á trechos, á través de la verde fronda, la blancura de las paredes de las quintas.

Cerca de la Grenouillère, una multitud de paseantes circulaba bajo los árboles gigantes que hacen de aquel rincón de la isla uno de los más bellos parques del mundo. Unas mujeres, unas mujerzue-

las, de pelo amarillento, de pechos exageradamente grandes, de caderas enormes, revocadas las caras, alargados con carbón los ojos, dados de bermellón los labios, emperifolladas, empaquetadas en vestidos extravagantes, arrastraban sobre el fresco césped el mal gusto chillón de sus atavíos; y á su lado se pavoneaban jovencitos con facha de figurín, guantes claros, botas charoladas, junquillos delgados como un alambre y cuyos monóculos hacían resaltar la tontería de su sonrisa.

La isla es estrecha hasta la Grenouillère y por el otro lado donde hay también una barca que trae sin cesar gente de Croissy, el otro brazo del río, el rápido, corre espumeante, lleno de remolinos, parecido á un torrente. Un destacamento de pontoneros acampa en aquella orilla y los soldados, sentados en una larga viga, miran como corre el agua.

El café flotante estaba atestado de una multitud bulliciosa. Las mesas de madera en las que los líquidos vertidos formaban estrechos arroyuelos fangosos, estaban llenas de vasos y copas medio vacías y rodeadas de gente medio embriagadas. Toda aquella muchedumbre chillaba, cantaba, alborotaba. Los hombres, con el sombrero echado hacia atrás, coloradas las caras, encandilados los ojos por la embriaguez, se agitaban vociferando y sintiendo necesidad de armar ruido. Las mujeres, acechando

una presa para la noche, se hacían invitar en el interin, y en el espacio libre entre las mesas dominaba el público habitual de aquel lugar, los remeros alborotadores con sus compañeras que ostentaban cortas faldas de franela.

Uno de ellos armaba un estrépito infernal en el piano, que parecía tocar con pies y manos; cuatro parejas bailaban un rigodón, que contemplaban algunos jóvenes elegantes, correctos, que hubiesen parecido gente de buena sociedad á no ser un algo, un no sé qué raro que les delataba.

Porque allí se huele á crápula, allí acude todo el libertinaje distinguido, toda la espuma parisién; mezcolanza de horteras, comicastros, infimos periodistas, nobles tronados, bolsistas quebrados, calaveras de pésima fama, viejos verdes sin pizca de vergüenza; reunión abigarrada de todos los seres sospechosos, medio conocidos, medio perdidos, medio deshonorados, saludados apenas, pícaros, buscones, alcahuetes, caballeros de industria de aspecto digno, con aire de matamoros que parecía decir: "Al primero que me insulte le reviento."

Aquel sitio parece oler á tontería, respirar acanallamiento y galantería de bazar. Machos y hembras son de igual calaña. Está impregnado de olores de amor, y allí se baten los hombres por una niñería sin advertir que su reputación acaba de perderse y

escaparse por cada nuevo agujero que abren las balas ó las estocadas.

Algunos habitantes de los alrededores acuden allí cada domingo á título de curiosos; algunos jóvenes, que lo son en demasía, aparecen cada año á fin de aprender á vivir. Algunos paseantes, por no saber qué hacer, llegan allí; algunos cándidos se extravían en aquel punto.

No sin razón se le llama la *Grenouillère*. Junto á la almadía donde se bebe, y cerca del "Pot-à-Fleurs," la gente se baña. Las mujeres que no temen mostrar sus formas las enseñan allí para ganar un parroquiano. Las otras, desdeñosas, aun cuando amplificadas por el algodón, sostenidas por resortes, retocadas por aquí, enderezadas por allá, miran con desprecio los chapuzones de sus amigas.

En una pequeña plataforma los hombres se amontonan para echarse al agua. Unos parecen pértigas, otros barricas, cuales son nudosos como ramas de olivo, cuales encorvados, cuales echados hacia atrás por la enormidad del vientre y todos feos invariablemente. Cuando saltan al agua acostumbran á salpicar á los que toman café.

A pesar de los altos y frondosos que son los árboles que se inclinan sobre el café flotante, y á pesar de la vecindad del agua reinaba allí un calor sofocante. Las emanaciones de los licores esparcidos se

mezclaban al olor de los cuerpos y á la de los perfumes violentos que impregnaban los cuerpos de las vendedoras de amor, perfumes que se evaporaban en aquel horno. Por entre todos aquellos olores flotaba un aroma de polvos de arroz que á veces desaparecía para reaparecer luego, como si alguna mano invisible sacudiera una brocha enorme.

Al río se dirigían todas las miradas, puesto que allí el movimiento era incesante. Las muchachas que empuñaban los timones, sentadas frente á los remeros de robustos brazos, miraban con desdén á las que corrían desaladas por la isla en demanda de una comida.

A veces una barca pasaba velozmente, los amigos de los remeros la acogían con aclamaciones, y todo el público, como acometido de una locura súbita, lanzaba clamores delirantes.

En el recodo hacia Chatou, aparecían sin cesar nuevas barcas. Se acercaban, crecían, y á medida que se reconocía á sus tripulantes, resonaban otros alaridos.

Una canoa con un toldo en el centro y tripulada por cuatro mujeres bajaba lentamente siguiendo la corriente. La que remaba era enteca, aajda, vestida de grumete, con el pelo rizado bajo un sombrerillo de hule. Frente de ella una rubia gorda, vestida de hombre, con una americana de franela blanca esta-

ba tendida de espaldas en el fondo de la barca, con las piernas levantadas, que descansaban á ambos lados de la remera. Fumaba un cigarrillo y á cada sacudida de la barquilla su vientre y su pecho se movían como una masa blanda. Más hacia la popa había dos muchachas altas y esbeltas, rubia una, morena la otra, que se abrazaban por el talle y no dejaban de mirar á sus compañeras.

De la Grenouillère partió un grito: "¡Aquí está Lesbos!", y de pronto resonó un clamor furioso; se produjo un tumulto indecible; caían las copas: la gente se subía á las mesas, y todos embriagados de ruido, gritaban: "¡Lesbos! ¡Lesbos! ¡Lesbos!". Reproducíase el alarido, resultaba confuso, formaba una especie de clamor espantoso y luego, de pronto, parecía resurgir de nuevo, subir por el espacio, cubrir la llanura, vibrar entre el follaje, extenderse hasta las lejanas colinas, llegar hasta el sol.

La que remaba, al oír la formidable ovación, se detuvo con gran sosiego. La rubia se incorporó mirando desdeñosamente y las dos muchachas que estaban sentadas bajo el toldo, se echaron á reír saludando á la muchedumbre.

Entonces se vociferó á más y mejor. Los hombres saludaban con el sombrero, las mujeres agitaban sus pañuelos y todas las voces, agudas ó graves, gritaban á una: "¡Lesbos!". Dijérase que aquel pueblo,

aquel hatajo de perdidos, saludaba á un jefe, como las escuadras que disparan sus cañones cuando un almirante pasa por su frente.

La flotilla numerosa de las canoas aclamaba la de las mujeres, que volvió á ponerse en marcha para abordar un poco más lejos.

Pablo, al revés de los otros, sacó una llave del bolsillo y se puso á silbar con todas sus fuerzas. Su querida, nerviosa, pálida, le cogía el brazo para que callara y le miraba con expresión colérica. Pero él parecía exasperado, como dominado por unos celos de hombre, por un furor instintivo, profundo, desordenado. Con los labios temblorosos de indignación balbuceó:

—¡Da asco! Debiera ahogárselas como á los perros, con una cuerda al cuello.

Pero Magdalena se enfureció bruscamente; su voccecita agridulce silbó como una serpiente y habló con volubilidad, como para defender su propia causa:

—¿Qué te importa á tí? ¿No son acaso dueñas de hacer lo que más les acomode? A nadie deben cuentas. No seas pelma; ¡cállatel...

Pero él le cortó la palabra:

—La policía tiene que ver en ello y haré que las metan en San Lázaro.

La joven se estremeció.

—¿Tú?

—Yo, sí. Y por lo pronto, te prohíbo que las hables, ¿entiendes? te lo prohíbo.

La muchacha se encogió de hombros y dijo con gran sosiego:

—Haré lo que me plazca, chiquillo; si no te gusta, lárgate. Creo que no soy tu mujer ¿estamos? Por lo tanto, cállate.

No contestó Pablo y permanecieron unos momentos mirándose, con la boca crispada y la respiración agitada.

Las cuatro mujeres entraban por la otra parte del café. Las dos que iban vestidas de hombre pasaron delante; una flaca, parecida á un muchachuelo avejentado, la otra llenando con su grasa su traje de franela blanca, hinchando el pantalón con sus caderas, balanceándose como una oca cebada, con los muslos disformes y las rodillas casi invisibles. Sus dos amigas las seguían y muchos de los remeros les estrechaban las manos.

Las cuatro habían alquilado un chalet junto al río y vivían en él como dos matrimonios.

Su vicio era público, oficial, patente. Se hablaba de ello como de una cosa natural que casi inspiraba simpatía, y en voz baja se murmuraban historias raras, dramas engendrados por furiosos celos feme-

minos, visitas secretas de mujeres conocidas, de actrices célebres, á la casita de la orilla del río.

Un vecino, indignado por aquellos rumores escandalosos, había dado parte á la policía, y un cabo, con un agente, procedió á un reconocimiento. El encargo era delicado, pues en suma no podía reprocharse nada á las tales mujeres, que no se entregaban á la prostitución. El cabo, perplejo, pues no comprendía bien de lo que se trataba, interrogó á la buena de Dios y redactó un atestado graciosísimo exculpando á las mujeres.

Aquel atestado produjo una chacota indecible.

Atravesaban á paso corto, como reinas, el café de la Grenouillière. Parecían orgullosas de su celebridad, satisfechas de las miradas que se fijaban en ellas, superiores á aquella multitud, á aquella turba, á aquella plebe.

Magdalena y su amante las miraban y en la mirada de aquélla lucía como una llamarada.

Cuando la primera pareja estuvo cerca de su mesa, Magdalena gritó:

—¡Paulina!

La gordiflona se volvió y se detuvo sin soltar el brazo del grumete hembra.

—¡Tomal ¿Erestú, Magdalena?... Ven, que hablaremos.

Pablo crispó sus dedos en la muñeca de su querida,

pero ésta le dijo con tal expresión: "Si no te gusta, ya sabes,, que se calló y dejó que se marchara su compañera.

Entonces las tres mujeres hablaron un rato, en pie, alegres al parecer. Hablaban aprisa y Paulina, de cuando en cuando lanzaba al soslayo una ojeada malévola é irónica á Pablo.

Este no pudo contenerse y levantándose se dirigió hacia el grupo, tembloroso, colérico. Cogió á Magdalena por los hombros y dijo:

—Ya sabes que te he prohibido hablar con esas pindongas.

Pero Paulina levantó el tono y empezó á insultarle con su repertorio de rabanera. Reían en torno, se acercaban, se ponían de puntillas para ver mejor. El estaba anonadado bajo aquella lluvia de injurias indecorosas; imaginábase que las palabras salidas de aquella boca le manchaban como basura que cayera sobre él, y ante el escándalo que empezaba retrocedió, se puso de codos en la balaustrada que daba al río, volviendo la espalda á las tres mujeres victoriosas.

Permaneció allí mirando al agua y á veces, con ademán rápido, como si la arrancara, se enjugaba una lágrima presta á resbalar.

Es que, sin saber por qué, amaba perdidamente, á pesar de sus instintos delicados, á pesar de su razón,

á pesar de su voluntad. Dió de lleno en aquel amor como se cae en un agujero infecto. Dotado de una naturaleza tierna y delicada, soñara amores exquisitos, ideales, apasionados, y de pronto aquella mujer, tonta como todas las mujerzuelas, de una tonte-ría exasperadora, que no era siquiera bonita, flacucha y colérica, le había cautivado, dominado, poseído de pies á cabeza, en cuerpo y alma. Sufría aquella dominación femenina, misteriosa y omnipotente, aquella fuerza desconocida, aquel imperio avasallador que no se sabe de dónde arranca, probablemente del demonio de la carne, y que hace que el hombre más sensato caiga á los pies de una perdida cualquiera sin que nada explique aquel poder fatal y soberano.

Sentía que á su espalda se tramaba algo infame. Las carcajadas le herían en el corazón. ¿Qué hacer? Bien lo sabía; pero no podía.

Miraba con fijeza, en la orilla de enfrente, un pescador de caña que estaba inmóvil.

De pronto el pescador tiró rápidamente del hilo y sacó un pescado plateado que se estremecía y coleaba. Después, cuando lo tuvo en su poder, trató de retirar el anzuelo, lo retorció, lo volvió, pero en vano; entonces, impacientado, tiró con rabia y arrancó las entrañas sangrientas del animalito. Pablo se estremeció á su vez, conmovido hasta lo indecible;

le pareció que aquel anzuelo era su amor y que, si le era preciso arrancarlo, saldrían con él sus entrañas al extremo del gancho de hierro, del que Magdalena sostenía el hilo.

Una mano se posó en su hombro; sobresaltóse; se volvió. Su querida estaba á su lado. No hablaron. Ella se apoyó también en la balaustrada, y fijó la vista en el río.

Pensaba Pablo en lo que debía decir y nada se le ocurría. Ni siquiera acertaba á saber lo que pasaba en su interior. Lo único que experimentaba era una gran dicha por sentirla á su lado, y una cobardía grande le impulsaba á perdonar todo, á permitirlo todo con tal de que no le abandonara.

Por fin, al cabo de algunos minutos, le dijo con acento cariñoso:

—¿Quieres que nos vayamos? Estaremos mejor en la barquilla.

—Sí, monín.

Ayudóla Pablo á bajar al yole, la sostuvo, le estrechó las manos enternecido, húmedos aun por las lágrimas los ojos. Ella le miró sonriendo, y se dieron un beso.

Remontaron poco á poco la corriente junto á la orilla plantada de sauces, cubierta de hierbas, sosegada bajo la tibia atmósfera de la tarde.

Al volver al restaurant Grillón apenas eran las

seis; dejando la barquilla, se encaminaron á pie hacia Bezóns, á través de los prados, á lo largo de los altos álamos que crecen junto al río.

Los campos estaban cubiertos de flores, que brotaban entre el heno ya alto y á punto de ser segado. El sol, que iba á su ocaso, los teñía de una luz dorada, y en el seno del calor menos fuerte, las exhalaciones de la hierba se mezclaban al húmedo hálito del río, impregnado el aire de una especie de languidez tierna, que parecía un vaho de dicha, de plenitud.

Una especie de blando desfallecimiento henchía los corazones, una especie de comunión con aquel esplendor sosegado de la tarde, con el vago y misterioso estremecimiento de la vida palpitante, con aquella poesía penetrante y melancólica, que parecía brotar de las plantas, de las cosas, y expandirse revelándose á los sentidos en aquella hora de suave recogimiento.

El sentía todo aquello; pero Magdalena nada comprendía. Andaban uno al lado de otro, y, de repente, cansada del silencio, cantó la muchacha. Cantó, con su voz agridulce y falsa, una canción cualquiera, un trozo vulgar que rompió por modo brusco la profunda y serena armonía de la tarde.

Entonces la miró y sintió que había un profundo abismo entre ellos. Magdalena tocaba las hierbas

con la sombrilla, con la cabeza inclinada, contemplando sus pies, cantando, alargando las notas, ensayándose á gorjear, atreviéndose con los trinos difíciles.

¡Su frente, su frente estrecha tan querida, estaba vacía, vacía! No había dentro de ella más que aquella música de organillo, y los pensamientos que por casualidad nacían allí no eran mejores que la música. Nada comprendía de él, y estaban más separados que si no vivieran juntos. ¿Sus besos no pasaban, pues, de sus labios?

Ella levantó la vista y le miró sonriendo. Sintióse él conmovido hasta las entrañas y, abriendo los brazos, en un ímpetu de amor, la estrechó apasionadamente.

Como le ajaba el vestido, desasióse Magdalena, murmurando á guisa de compensación:

—¡No sabes cuánto te quiero, chiquillo!

Pero él la cogió por la cintura y en un arranque de locura la arrastró corriendo, y la besaba en la mejilla, en la sien, en el cuello, saltando de contento. Cayeron jadeantes al pie de un matorral iluminado por el sol poniente, y antes de haber tomado aliento, se juntaron sus bocas y sus cuerpos sin que ella comprendiera su exaltación.

Volvían cogidos de las manos cuando de pronto, á

través del follaje, advirtieron en el río la canoa tripulada por las cuatro mujeres.

Paulina también les vió, pues, incorporándose, envió besos á Magdalena, á la que gritó:

—¡Hasta la noche!

Magdalena contestó: “¡Hasta la noche!”, Pablo creyó que se le helaba el corazón.

Volvieron al restaurant para comer.

Se instalaron bajo una de las glorietas al borde del agua y comieron en silencio. Cuando obscureció les trajeron una bujía oculta por una bombilla de cristal, que daba una luz débil y vacilante. A cada instante oían los gritos y alaridos de los remeros, instalados en el salón del primer piso.

A los postres, Pablo, tomando cariñosamente la mano de Magdalena, le dijo:

—Me siento cansado; si te parece, nos acostaremos temprano, vida mía.

Magdalena comprendió la astucia y le lanzó aquella mirada enigmática, aquella mirada páfida que tan fácilmente brota de los ojos femeniles. Luego, después de reflexionar, contestó:

—Acuéstate si quieres; yo he prometido que iría al baile de la Grenouillère.

Pablo sonrió de un modo lastimoso, con una de aquellas sonrisas que ocultan las más punzantes amarguras; pero contestó con tono cariñoso y triste:

—Si quisieras, lo mejor sería que nos quedáramos los dos aquí.

Ella contestó que "no," con la cabeza sin despegar los labios.

Pablo insistió:

—Te lo ruego, nena.

Entonces ella exclamó bruscamente:

—Ya sabes lo que te he dicho. Si no te gusta, la puerta está abierta para todos; no te detiene nadie. Pero como he prometido que iría, iré.

Pablo se puso de codos á la mesa y apretándose la frente con las manos, meditó dolorosamente.

Los remeros bajaban alborotando como de costumbre. Se marchaban en sus yoles al baile de la Grenouillère.

Magdalena dijo de pronto:

—Si decididamente no quieres venir, diré á uno de esos señores que me lleve.

Pablo se levantó:

—Vamos—dijo.

Y se marcharon.

La noche era oscura aunque estrellada. Parecía soplar un hálito abrasador, pesado, henchido de ardores de fermentaciones, de gérmenes vivos que parecían retardar la marcha de la brisa. Acariciaba los rostros, hacía respirar con ansia, jadear los pechos.

Los yoles se ponían en marcha llevando en la proa un farolillo de papel de color. No se veían las barquillas y sí solamente aquellas luces de color, rápidas y oscilantes, que parecían gusanos de luz en movimiento. Por todas partes se oían voces y gritos.

El yole de los dos jóvenes se deslizaba suavemente. A veces cuando una canoa rápida pasaba por su lado, veían la espalda blanca del remero iluminada por el farol.

Al llegar al recodo del río la Grenouillère apareció iluminada á lo lejos. El establecimiento estaba adornado con girándolas, guirnaldas de lucecitas y racimos de faroles. Por el Sena circulaban lentamente grandes barcazas representando cúpulas, pirámides, monumentos complicados resplandecientes de luz de todos colores. Festones de luces tocaban el agua y algunas veces un farol encarnado ó azul, puesto al extremo de una caña de pescar desmesurada é invisible, parecía una gran estrella que se balanceara.

Aquella iluminación alumbraba los alrededores del café, los árboles de la orilla cuyos troncos se destacaban del fondo oscuro, y las hojas de un color verde lechoso que emergían de las tinieblas de los campos y del cielo.

La orquesta, que se componía de cinco artistas

desconocidos, lanzaba á lo lejos su música tabernaria, chillona y alegre, que hizo cantar de nuevo á Magdalena.

Quiso ésta entrar en seguida. Pablo quería dar antes una vuelta por la isla; pero se vió obligado á ceder.

La concurrencia era algo más distinguida. Quedaban únicamente los remeros, algunos burgueses y varios jóvenes acompañados de sus queridas. El director y organizador de aquel canacán, muy grave dentro de su levita raída, movía en todos sentidos su cabeza devastada de antiguo mercader de placeres públicos baratos.

Paulina la gordinflona y sus tres amigas no estaban por allí. Pablo respiró.

Se bailaba: las parejas saltaban desesperadamente, y levantaban las piernas á la altura de las narices de sus compañeros de baile.

Las hembras, de desarticulados muslos, saltaban formando un remolino con las faldas y enseñando toda su ropa blanca. Sus pies subían más altos que sus cabezas con sorprendente facilidad y balanceaban el vientre, movían las caderas, sacudían los pechos, esparciendo en torno de ellas un acre olor de de mujeres sudorosas.

Los hombres se acurrucaban á guisa de sapos, con ademanes obscenos; hacían contorsiones, visa-

jes, aparecían asquerosos; andaban con las manos ó fingían, para hacer gracia, las maneras de las gentes finas.

Una criada gorda y dos camareros, servían á los concurrentes.

Como aquel café-almadía estaba únicamente techado y no tenía ningún tabique que le separara del exterior, el baile desenfrenado se desarrollaba á la faz de la noche sosegada y del firmamento tachonado de astros.

De pronto el Mont-Valerién pareció iluminarse, como si hubiese estallado un incendio á sus espaldas. La claridad se extendió, se acentuó invadiendo poco á poco el cielo, describiendo un gran círculo luminoso de luz pálida y blanca. Luego apareció algo rojo, rojo como el metal que sale de la fragua. Se desarrolló lentamente en círculo, como si emergiera de la tierra, y la luna, destacándose bien pronto del horizonte, subió por el espacio. A medida que se elevaba, perdía su matiz purpúreo que se convertía en amarillo pajizo; y el astro parecía disminuir á medida que se alejaba.

Pablo lo miraba hacía rato, absorto en aquella contemplación, olvidando á su querida. Cuando se volvió, Magdalena había desaparecido.

La buscó sin encontrarla. Recorrió las mesas con